

los demás tejidos: el muscular, el nervioso, el cartilaginoso, el huesoso, el fibroso, etc., quedaron enumerados y descritos en la obra admirable llamada Anatomía general. La ciencia de nuestros días habrá perfeccionado y corregido ciertos detalles que Bichat no pudo contemplar por el atraso de los conocimientos en su tiempo, y por no haber usado el microscopio, pues su genio y sus prendas acabadas de observador, constituían sus instrumentos disponibles. Hoy la «Anatomía general» se ha trocado en la «Histología,» pero el concepto capital de aquélla, el plan seguido y el método adoptado, son una de las conquistas definitivas y perdurables del entendimiento humano y de la ciencia positiva; y el concepto que la informa es uno de los que forman la base y fundamento, no sólo de la Fisiología humana ó ciencia concreta de la vida del hombre, sino de la Biología ó ciencia abstracta de la vida.

La labor que presidió á tal concepto fué analítica, y en tal virtud generalizadora por excelencia. Así como el ilustre Descartes, operando en otro terreno analizó la noción, indivisa *situación ó posición*, descomponiéndola en coordenadas, magnitudes mensurables, el ilustre Bichat descompuso el todo indiviso de los viejos anatómicos en un conjunto de tejidos en los cuales residen las propiedades del órgano; el globo ocular, por ejemplo, es sensible á la luz, porque en su fondo se extiende la retina, membrana nerviosa cuyo atributo es la sensibilidad luminosa; el globo ocular es resistente, porque está envuelto por una membrana resistente llamada la esclerótica, formada de tejido fibroso, cuya propiedad característica es dicha resistencia; el globo ocular es móvil, porque se insertan en él músculos, formados por tejido muscular, cuya propiedad característica es la contractilidad que produce el movimiento.

Tal labor, en fuerza de su carácter analítico, es eminentemente generalizadora; donde quiera que se encuentre la fibra muscular, en cualquier órgano, en cualquier animal, se podrá asegurar que ese órgano es móvil, que ese órgano es contráctil; y recíprocamente, siempre que el observador sorprenda un movimiento orgánico, debe estar seguro que ese movimiento, si es definido y está sujeto al influjo nervioso, debe tener por agente el tejido muscular.

Bichat prestó aún otro servicio de primer orden á la Fisiología, coordinando los actos numerosos y variados del ser viviente, á la luz de

los dos conceptos fundamentales denominados vida animal y vida orgánica ó vegetativa.

Resumiendo, pues, el influjo de este gran genio en la Fisiología, diremos que la dotó del concepto capital de vida, que debe ser el alma de toda buena definición de ella; que determinó con precisión la base anatómica de tal concepto, que coordinó los numerosos y variados actos del ser viviente en las nociones fecundas y positivas, llamadas vida animal y vida orgánica. Agregaremos aún que fué observador sagaz, experimentador ingenioso, que presintió los fundamentos y cánones del método experimental, aplicándolos no pocas veces con buen éxito é impulsando definitivamente á la Fisiología por tan fecundo sendero.

Hacer esto en bien de una ciencia, es fundarla y constituirla. Bichat tiene, pues, incontestables derechos á ser llamado el fundador de la Fisiología. Mas es poco todavía apellidarle así; las doctrinas proclamadas por él y el método por él adoptado, no sólo infunden movimiento y vigor á la Fisiología humana ó á cualquier otro estudio concreto de la vida, sino que ejercen el mismo benéfico influjo sobre la ciencia de la vida en abstracto; por tanto, la justa calificación de Bichat, es decorarle, como lo hizo Augusto Comte, con el merecidísimo título de fundador de la Biología.

Mayo 13 de 1903.

PORFIRIO PARRA.



A la ya larga lista del martirologio médico se acaban de agregar dos nombres de dos víctimas de su deber, que hace poco han desaparecido de entre los vivos.

El DR. AURELIO DE ALBA médico que ejercía en la capital del Estado de San Luís Potosí, fué enviado por su Gobierno para luchar con la epidemia de la fiebre amarilla desarrollada en Ciudad de Valles, y allí la contrajo volviendo á su hogar donde murió el 29 de Julio próximo pasado.

GABRIEL SALAZAR, aun no recibido como médico, ingresó al servicio del Ferrocarril Central, y en Tampico se contagió de vómito y murió, con tanta energía, que según se dice, él mismo escribió el certificado de su defunción.

Los dos eran jóvenes, ilustrados, instruidos en su profesión; desafiaron el peligro por cumplir con su deber y murieron como buenos víctimas de él.

¡Llor eterno á tan denodados campeones de la ciencia! Que las generaciones venideras recojan su memoria no sólo para guardarla en sus corazones, sino para inscribir sus nombres en el templo de los inmortales.

M. S. Soriano.